auxilios de la gracia. Instituirá fiestas para celebrarlas y recompensas para hacerlas honoríficas. Tendrá sus héroes y semidioses á quienes colocará en sus templos, y decretará los honores de la apoteosis y de la inmortalidad. Así lo hicieron los hombres de Esparta, de Atenas y de Roma.

El hombre revolucionario instituirá tambien su reinado, tomando por modelo al hombre antiguo, con sus denominaciones, formas y demás; reinado absoluto y universal á cuyas órdenes, y hasta á cuyos caprichos, será preciso que todos se sometan sin reserva, sin murmurar y bajo pena de muerte.

El reinado soberano del hombre traerá consigo, lo mismo en religion que en política, una renovacion general. Habrá pues una era nueva, calendario nuevo, numeracion, lenguaje, nombres, costumbres y hasta trajes nuevos; todo, por supuesto, rigorosamente calcado en los modelos del hombre antiguo.

Nada de esto podrá establecerse ni subsistir si la enseñanza, apoderándose de las almas, no viene á amoldar las clases populares y las generaciones jóvenes al nuevo órden de cosas. Por lo tanto habrá enseñanza pública para el adulto y privada para el niño, y ambas enseñarán al hombre que es rey y al pueblo que es Dios.

Finalmente, la apoteosis social del hombre vendrá á parar en Europa al fin del siglo diez y ocho, como en la antigüedad diez y ocho siglos antes, al estado religioso y social mas humillante y al mas duro despotismo.

La historia va á enseñarnos cuál es el valor de esas analogías y la exactitud de nuestras deducciones.

CAPITULO II.

EL HOMBRE Y SU RELIGION.

Tres fases de la restauracion religiosa emprendida por la Revolucion. — Religion oficial de Chaumette y de Robespierre. — Religion de los teofilántropos. — Religion de Quinto Aucler y de su escuela. — Discurso de Robespierre y de la Vicomterie. — Fiesta de la Razon.

Segun hemos visto, la historia de la Revolucion francesa se divide en dos períodos, á saber: el de *destruccion* y el de *reconstruccion*. En la parte primera de este tomo hemos seguido á aquella desde la proclamacion de los derechos del hombre, demolicion de la Bastilla, abolicion de la nobleza y toma de las Tullerías, hasta el suplicio de Luis XVI; desde la famosa noche del 4 de Agosto, la abolicion del clero y los asesinatos de Setiembre, hasta el saqueo de Roma y prision del Papa; y la hemos visto destruir en todas partes, en nombre de los Griegos y Romanos, la religion y la monarquía. Hemos, pues, recorrido ya el período de destruccion, y nos resta ahora estudiar el de reconstruccion, procediendo á averiguar bajo qué influencias va á realizarse y hácia qué polo dirigirse.

El hombre se cree en el deber de sustituir al cristianismo que destruyó, y á la monarquía abolida por él, su religion y su reinado. ¿A dónde irá á buscar el tipo de una y otra?

La Convencion, su órgano oficial, principia por declarar abiertamente que el cristianismo no suministrará elemento alguno á su religion, que es indigno de ella,

que la parte mas insignificante de su dogma y moral deshonraria su obra, y que la fuente en que ha de beber, será la brillante religion de Roma y Atenas; religion sin misterios ni milagros, tomada de la naturaleza, y de la que el hombre es á la vez fundador, pontífice y dios.

«En presencia de la *imágen de Bruto*, esclama Jacobo Dupont, os pregunto: ¿quién armó á los valientes Marselleses contra los reyes y la monarquía? ¿Acaso las preocupaciones é *ignorancia del siglo décimocuarto?*..... ¿Creeis, ciudadanos legisladores, establecer y consolidar la república con otros *altares* que los de la patria? La *Naturaleza y la Razon* son los solos dioses del hombre, son mis únicos dioses. Admirad la Naturaleza, cultivad la Razon, y si quereis que el pueblo sea feliz, apresuraos á propagar estos principios.

»Ridículo sería preconizar una religion adaptada á constituciones que no existen; una religion monárquica en una república; una religion que enseña que vale mas obedecer á Dios que á los hombres!... El momento de la catástrofe ha llegado ya, *y las preocupaciones todas deben caer á un tiempo*. Preciso es, ó aniquilarlas, ó que nos hundan. Preciso es recorrer con audacia, desde el 10 de Agosto hasta el 1.° de Enero de 1793, el *espacio de algunos siglos* (1).» Diez y ocho y más todavía, como pronto vamos á verlo.

«Fanáticos, continúa Robespierre trazando el nuevo culto, no espereis nada de nosotros, pues todas *las ficciones* desaparecen ante la *Verdad*, y las *locuras* todas caen ante la *Razon*. Todas las sectas deben confundirse en *la religion universal de la Naturaleza*.

»No espereis, sacerdotes ambiciosos, que nosotros trabajemos para restablecer vuestro imperio. ¿Qué relacion hay entre los sacerdotes y Dios? Los primeros son á la moral lo que los charlatanes á la medicina. (Vivísimos aplausos.) ¡Cuán distinto es el Dios de la naturaleza, del Dios de los sacerdotes! Nada hay en mi entender tan parecido al ateismo como las religiones por ellos inventadas. Los sacerdotes crearon un Dios á imágen suya, haciéndole celoso, antojadizo, avariento, cruel é implacable. *El verdadero sacerdote del Ser Supremo es la Naturaleza*, su templo es el universo, su culto la virtud, sus festejos la alegría de un gran pueblo (1).»

(1) *Monitor*, 16 de Diciembre, 1792.

Vienen despues como modelo de fiestas de la nueva religion *las de la antigua Grecia, que nadie puede recordar sin entusiasmo* (2).

La antigüedad, que suministrá las fiestas, suministrará tambien la moral; pues la del cristianismo es un compuesto de absurdos y supersticiones.

«Ciudadanos, dice la Vicomterie, despues de *mil siglos* de errores, crímenes y calamidades, y de una depravacion profunda y general, vengo á hablaros de moral y de virtud. Oradores fútiles, locos y charlatanes de todas clases, arrastraron largo tiempo á la multitud de los humanos en pos de sí, dándoles con mano sacrílega venenos en lugar de remedios, y entonces quedó consumada la obra fatal del mundo....

»Jamás existió la moral en ese hacinamiento gótico y bárbaro de distinciones y sofismas de los Tomases, Agustinos y Jerónimos. Estos charlatanes, tan venerados antes de ahora, confundieron de un modo indigno todas las nociones de lo justo é injusto. Esos *locos reverendos* llenaron la Europa de su demencia durante *mil y quinientos años*.... Yo, arrojando ante mí crueles y ridículos fantasmas, coloco en su lugar las leyes primiti-

(1) *Monitor*, 8 de Mayo, 1794.
(2) *Id.* id.

vas: la *Razon*, la *Humanidad* y la *Naturaleza*. Estas son las divinidades que yo adoro, y que consolarán al mundo de los males que le han causado los tiranos y los sacerdotes...

»*Desde Sócrates hasta nuestros dias veo en punto á moral un vacío de tres mil años*... Claro es, pues, que tenemos que remontarnos hasta la época de Sócrates para anudar el hilo de la naturaleza (1).»

La Convencion pide entusiasmada la impresion de este discurso.

En pos de Chaumette, Robespierre, la Vicomterie y otros muchos, vienen Boissy d'Anglas y Lequinio, los cuales, desenvolviendo las ideas de sus predecesores, redactan un código completo de religion conforme en un todo con el de los Griegos y Romanos. Mas tarde daremos el análisis de tan curiosos documentos.

Sin embargo la religion oficial, inventada y compuesta por estos nuevos hierofantes, con su moral natural y sus fiestas griegas y romanas, no es mas que la *primera fase* de la reconstruccion religiosa emprendida por la Revolucion. La religion de los teofilántropos marca *la segunda*. Esta religion, completamente racionalista en dogmas, socrática en moral y romana en culto, es un segundo paso hácia la restauracion del politeismo. A los teofilántropos, fieles imitadores de los antiguos, véseles *adorar el fuego sagrado*, ofrecer sacrificios al Ser Supremo y libaciones á los dioses inferiores.

Llega finalmente con la Threicia la *tercera fase*, ó sea el tercer paso hácia la restauracion completa y material del politeismo clásico. Nosotros daremos á conocer las obras con gran formalidad publicadas á este fin, y la no menos formal argumentacion de sus autores.

(1) *Monitor*, 20 de Vendimiario, año III.

Veremos á los nuevos paganos esforzarse en hacer prevalecer sus doctrinas hasta el momento en que la Providencia viene de un golpe á derribar, como en otros tiempos, sus dioses, templos y pontífices.

Pasemos revista rápida á esas tres fases de la reconstruccion religiosa, emprendida por la Revolucion é inspirada en todo por recuerdos clásicos.

El hombre revolucionario, que se habia declarado dios, se decreta tambien fiestas, y la primera que celebra es la de la *Razon*. Refiramos, para instruccion de la posteridad, esa fiesta en que, despues de diez y ocho siglos de cristianismo, se vé deificada de nuevo la carne, repuesta en el altar, y rodeada en la persona de una cortesana, del incienso y adoracion del hombre. Ningun hecho prueba tanto como este la influencia del Renacimiento y de los estudios de colegio en la generacion revolucionaria.

El 9 de Noviembre de 1793 el Ayuntamiento de París habia decidido que los decretos revolucionarios, relativos á los apostasías de los sacerdotes y á la apoteosis de la Razon, se tradujesen al italiano y se remitiesen al Papa *para curarle de sus errores*; y en el mismo dia habia la Convencion prodigado al cristianismo los sangrientos ultrajes de que hablamos en el capítulo VIII de la primera parte de esta obra. Por último, el Consejo municipal decretó la divinidad de la Razon, fijando su fiesta para el dia siguiente. Entre todos los hijos de colegio que organizaron aquel espantoso escándalo, se distinguia Anaxágoras Chaumette, cuyos únicos bienes, como él mismo decia, consistian en un busto de Bruto hecho en yeso (1).

(1) *Diario de París*, 27 de Diciembre, 1793.—Conviene hacer saber qué era el gran sacerdote de la diosa Razon, el hombre groseramente pagano que habia cambiado su nombre bautismal por el de Anaxágoras, aquel Chaumette, una de las mas hediondas figuras de la Revolucion. Él mismo nos dice que

El domingo 10 de Noviembre, el redoble de los tambores, que resuena en todas las calles de París, llama al pueblo á la fiesta de la nueva divinidad. Una inmensa multitud obstruye los sitios próximos á Nuestra Señora, y el bullicioso cortejo avanza desde la casa de Ayuntamiento. Descollando sobre todos los modernos paganos, con Chaumette á la cabeza, como procurador del municipio de París, aparece la diosa Mlle. Maillard, bailarina de la Opera, sentada en un sillon dorado guarnecido de guirnaldas de encina, y conducido por cuatro descamisados vestidos de encarnado. Un gorro de este color en la cabeza,

primero habia sido educado por sacerdotes; que, aunque bastante mal estudiante, habia adquirido por sus estudios una gran pasion por la bella antigüedad; que la libertad era su ídolo; que preparaba su reinado combatiendo fuertemente el órden religioso y social; que era republicano antes de la Revolucion, que su vida estaba reducida al mas puro republicanismo, y que estaba pronto á ser mártir de él.

Estos importantes detalles se encuentran en la siguiente carta, escrita por Chaumette mismo, y de la que copiamos los siguientes detalles: «Hay quien hace correr la voz de que soy fraile, que he sido procurador de un convento...

»Tengo deseo de saber en cuál he profesado, y en qué iglesia he dicho misa....

»Mi primera ocupacion fué la de grumete ó marinero novicio. Verdad es que la persecucion de los frailes *bajo cuya direccion seguia mis estudios* (en el colegio de Nevers) me obligó á tomar dicho partido, que por mucho tiempo me tuvo alejado de mis hogares. Llegué á ser timonero, y á mi vuelta en 1784 estudié botánica en Moulins. Al año siguiente salí para Marsella con intencion de embarcarme y pasar á Egipto, siempre guiado por mi furor de estudiar la naturaleza y los *monumentos de la antigüedad*; mas no pude embarcarme, y volví á mi país natal suspirando por la libertad, *provocándola* en diferentes artículos de impresos que salian entonces á luz en Aviñon. Yo *desenmascaraba á los clérigos, y oponia resistencia á los nobles*: estos fueron mis primeros crímenes.

»Desde 1790 no dejé de frecuentar las asociaciones populares, á las que tengo el orgullo de creer que fui útil; estos son mis segundos crímenes.

»Todo París sabe mi historia de la jornada famosa del 10 de Agosto. Yo no quiero pelear sino por los principios del *puro republicanismo*: estos son mis terceros crímenes.» —*Monitor* del 25 de Mayo de 1793.

cabellos sueltos por la espalda, una túnica blanca y un manto azul celeste medio cubriendo esta última, constituyen su traje. En la mano derecha lleva una lanza con punta de ébano; en la izquierda una rama de encina y bajo sus piés un crucifijo (1).

Delante de la diosa camina un grupo de jóvenes *ciudadanas* vestidas de blanco, ceñidas con cintas tricolores, y coronadas de flores sus cabezas. Vienen en pos los principales actores de la fiesta y los diputados de cada seccion cubiertos con el gorro encarnado. El cortejo entra pausadamente en la catedral, cuyo pórtico habia sido de antemano despojado de sus estátuas cristianas.

En el santuario, cerca del enrejado del coro, se ve una montaña, en cuya cumbre se alza un templo de arquitectura *sencilla y majestuosa*.

En la fachada del templo brillan estas palabras: *A la filosofía*.

Delante se ve la estátua de la filosofía rodeada de bustos de los *sabios antiguos y modernos*, que mas contribuyeron por medio de sus obras *á los adelantos de la Razon* y al advenimiento de la Revolucion.

En la falda de la montaña vese un altar circular con festones de ramos de encina, el cual era el de la diosa.

En medio brilla una mecha encendida, que se denomina la *antorcha de la verdad*. Todo el aparato referido tiene por objeto recordar el estado de naturaleza, y la fe-

(1) En las fiestas de la Razon, dice La Harpe, testigo ocular, era en las que la diosa, cuyo papel se pagaba por representarlo, solia ser una de las principales prostitutas, la cual era conducida en una carroza con un crucifijo á sus piés. En una de esas mismas fiestas subió al púlpito de la iglesia de S. Roque un histrion, y apostrofando á Dios, negó su existencia en presencia de sus altares, vomitando mil furiosas imprecaciones. En ellas tambien se colocaba sobre un altar el busto de Marat, y se obligaba á doblar la rodilla ante él á aquellos que se sospechaba eran fanáticos; es decir, que creian en Dios. *Del fanatismo en el idioma revolucionario*, pág. 51.

liz libertad de que los hombres primitivos disfrutaban en los bosques al abrigo de las encinas y alimentados con el fruto de este árbol.

A derecha é izquierda de la montaña se hallan en actitud de respeto las autoridades constituidas.

Una música republicana, colocada al pié de la montaña, entona el himno compuesto en lengua vulgar, y que el pueblo comprende tanto mejor cuanto que espresa verdades naturales, y no alabanzas *místicas y quiméricas*. Mientras se deja oir la *majestuosa música*, vénse largas filas de jóvenes vestidas de blanco y coronadas de hojas de encina, ninfas todas de la diosa, bajar de la montaña con una antorcha en la mano, pasar haciendo una reverencia por delante del altar de la Razon, y volver luego á subir á la cumbre (1).

Llega al fin la diosa misma, y poniendo pié en tierra, va á sentarse sobre el altar para recibir los homenajes de los mortales inclinados ante su frente radiante.

Varios niños la inciensan con aromáticos perfumes, y cada uno acude á *adorarla*.

Durante la adoracion se cantan himnos en honor de la diosa tendiendo los brazos hácia ella, y en seguida se pronuncian discursos análogos á su culto: la diosa, en fin, baja de la montaña, y entra en su templo haciendo graciosos y benévolos saludos á sus adoradores. La música entre tanto retrata la alegría de la concurrencia, y todos juran ser fieles á la nueva divinidad.

Sin embargo, la fiesta no estaba completa, pues faltaba en ella la Convencion. Muy de mañana se habia presentado en la barra de la Asamblea una comision del departamento de París á fin de invitarla á reunirse con el pueblo, y el orador Dufourny les habia dicho: «*La*

(1) En 1848 volvimos á ver esas ninfas.

raza humana está ya regenerada; el fanatismo y la supersticion han desaparecido, y solo tiene altares la Razon, segun lo quiere la opinion general. Vosotros habeis decretado que la antes llamada iglesia metropolitana de París, fuese consagrada á la Razon, y nosotros celebramos en ella una fiesta en honra de esa *divinidad*; el pueblo nos espera allí, y la presencia de la Convencion es necesaria en ella para que no sea un acto parcial, sino *resultado del voto de la nacion* (1).»

La humanidad regenerada, porque abjuraba el cristianismo, y porque, volviendo al paganismo antiguo, adoraba á una mujer colocada en los altares, constituia el adelanto de los admiradores de los Griegos y Romanos á fines del siglo XVIII.

El presidente Laloi contesta en estos términos: «La invitacion de las autoridades constituidas de París es para nosotros muy halagüeña, y cada uno en particular se siente impulsado por el deseo de acompañaros; pero la Convencion, fiel á sus deberes, necesita deliberar acerca de ello, y yo os invito á la sesion (2).»

Charlier presenta una proposicion para que se acceda á los deseos de los peticionarios; la Convencion la aprueba, y el hombre, para prepararse á la fiesta de su apoteosis, insulta al cristianismo su mortal enemigo. La Asamblea en efecto recibe en triunfo á los descamisados de Vaugirard, que vienen á depositar *en el altar de la patria* las alhajas de su iglesia. Llega en seguida un destacamento del ejército revolucionario, que desfila al son de los tambores por medio de la Convencion, abriendo la marcha los voluntarios que conducian en la punta de sus lanzas, los unos ornamentos de iglesias, y los otros casullas y capas de coro sobre sus uniformes.

(1) *Monitor*, ibid.
(2) Ibid.

El orador de aquella chusma se para delante del presidente, y dice: «Hace seis semanas que los republicanos aquí presentes se están ocupando en consolidar la *libertad* y en aniquilar el *fanatismo*. En el departamento del Oise hemos arrestado cien sacerdotes, y conducídolos á las prisiones de Chantilly, donde podrán dedicarse con calma á leer sus breviarios. Aquí teneis una parte de los despojos del obispo de Senlis. En Luzarches hemos cogido 162 marcos de plata; en Senlis y municipios circunvecinos 320; las campanas han caido en todos los puntos por donde hemos pasado. Con nosotros llevamos diez hombres, que van á pagar con sus cabezas los crímenes de que son reos. Hemos tambien encontrado dos banderas bordadas de flores de lis, y en vista de ello os pedimos permiso para quemarlas, y bailar en torno de ellas la *carmañola*.»

La Convencion les concede lo que piden, y todos bailan acompañados de aplausos de los diputados (1).

En este momento se anuncia que la ceremonia, á que se habia invitado á la Convencion, acababa de terminar. «Sin embargo, esclama Thuriot, pido que todos nos dirijamos al templo de la Razon para cantar en él el himno de la libertad. Semejante paso es muy importante, pues por él probará la Convencion que la opinion no se ha anticipado á ella para destruir las preocupaciones. El pueblo volverá gustoso al templo acompañando á sus representantes (2).»

La proposicion de Thuriot fué adoptada inmediatamente.

Hallándose dispuestos ya á partir, Chaumette, gran sacerdote de la diosa Razon, se presenta en la barra con

(1) *Monitor*, ibid.
(2) Ibid.

su divinidad de carne y hueso. «Ciudadanos, dice, el pueblo acaba de *celebrar un sacrificio á la Razon* en la antes llamada iglesia metropolitana, y ahora viene á ofrecer otro en el santuario de la ley. Pido, pues, que la Convencion lo admita (1).» Aprobado.

Rompe la marcha un grupo de músicos tocando varias piezas. Vienen luego en pos de estos los jóvenes huérfanos de los defensores de la patria, cantando un himno patriótico repetido por el coro. Varios ciudadanos, cubiertos con el gorro encarnado, avanzan repitiendo los gritos de: *¡Viva la República! ¡Abajo el fanatismo! ¡Viva la Razon! ¡Viva la Montaña!*

Los miembros de la Convencion mezclan sus gritos con los de los ciudadanos, y los aplausos resuenan en el salon de sus sesiones.

Al son de una música guerrera se adelanta un cortejo de jóvenes vestidas de blanco, ceñidas con cintas tricolores y coronadas de flores. Al llegar delante del presidente se forman en círculo, mientras los ciudadanos desfilan repitiendo los himnos que acababan de cantar en el templo en honor de la Razon. No tarda en presentarse la diosa, mujer de gran hermosura, conducida por cuatro hombres en un sillon adornado de guirnaldas de ramas de encina. Vuelven á repetirse los aplausos; agítanse en el aire sombreros y gorros, y todos los corazones rebosan de entusiasmo. Colócase la diosa delante de la barra, frente por frente al sitio de la presidencia, y el silencio sucede á las aclamaciones (2).

Chaumette toma la palabra y dice: «Ya lo habeis visto, ciudadanos legisladores, el fanatismo ha soltado su presa, y abandonado el sitio que ocupaba á la Razon, á la

(1) *Monitor*, ibid.
(2) Ibid.

Verdad y á la Justicia. Sus ojos no han podido soportar el brillo de la luz, y ha huido.

»Nosotros nos hemos apoderado de los templos que nos entregaba, y los hemos *regenerado*. En este dia el pueblo todo de París se ha agrupado bajo las bóvedas góticas en que tantas veces resonaron los ecos del error, y en que por primera vez se ha dejado oir la voz de la verdad. Allí hemos *ofrecido sacrificios* á la *Libertad*, á la *Igualdad* y á la *Naturaleza*, y no á vanas imágenes ni á ídolos inanimados. Hemos elegido *una obra maestra de la Naturaleza para representarla, y tan sagrada imágen ha inflamado nuestros corazones*. Un solo deseo, un solo grito se ha dejado oir en todas partes; el pueblo ha dicho: *no haya mas sacerdotes, ni mas dioses que los que la Naturaleza nos presenta*.

»Nosotros, que somos sus magistrados, hemos acogido ese voto unánime y venimos á hacéroslo presente. Desde el templo de la Razon venimos al de la ley para festejar á la Libertad. Para ello os pedimos que decreteis que la hasta aquí llamada metrópoli de París, se consagre á la Razon y á la Libertad. El fanatismo la abandonó; *los seres verdaderamente razonables* se apoderaron de ella, y vosotros debeis consagrar su propiedad (1).»

Este discurso es acogido con numerosos aplausos.

«*No hay mas culto*, continúa el pontífice de la Razon, *ni mas instituciones religiosas que las de esta divinidad* y de la Libertad. Velo de la Razon, cae en presencia de un gran pueblo y de su *augusto* Senado.»

Cae en efecto este, y quedan descubiertas las facciones de la Diosa en la persona de una bailarina de la Opera, redoblándose los aplausos.

El ciudadano Laloi, presidente, contesta á Chaumette

(1) *Monitor*, ibid.

en estos términos: «La Asamblea contempla *con la satisfaccion mas viva* el triunfo que la Razon alcanza hoy sobre la supersticion y el fanatismo. Pronta se hallaba á dirigirse en masa en medio del pueblo *al templo que acabais de consagrar á esta Diosa*, para celebrar con él *tan augusta y memorable fiesta;* pero la detuvieron sus tareas y los gritos de una victoria (1).»

La peticion de Chaumette queda adoptada á propuesta de Chabot. Roma exige que la Diosa sea colocada al lado del presidente; Chaumette la conduce á la mesa, y aquel y los secretarios le dan el beso fraternal en medio de unánimes aclamaciones.

Dados y recibidos todos los ósculos fraternales, reproduce Thuriot su peticion, y los diputados se levantan para volver á principiar en Nuestra Señora la fiesta de la Razon, á la que acababan de rendir tan singular homenaje. Eran las cuatro.

Los setecientos convencionales, cubiertos con el gorro encarnado, se mezclan con el acompañamiento que precedia y seguia á la Diosa, y atraviesan la ciudad desde las Tullerías hasta la catedral entre inmensas aclamaciones. La Divinidad vuelve á ser colocada en el altar, van *adorándola* unos en pos de otros, y luego entonan juntos el himno de Chènier:

Desciende, ó Libertad, hija de la natura:
El pueblo su poder ha vuelto á conquistar,
Y sobre vanos restos de la antigua impostura
Ha conseguido ufano erigirte un altar, etc.

El paganismo antiguo, establecido públicamente como religion, debia reaparecer con todas sus consecuen-

(1) *Monitor*, ibid.